

Leyenda de "El Cristo de la Vega"

Dedicado a Diego de 6º A del colegio San José de Calasanz

**“Pasó un día y otro día
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que a Flandes partió.”**

JOSÉ ZORRILLA, poeta y dramaturgo español (nació en Valladolid en el año 1817 y murió en Madrid en el año 1893) su vida la puedes ver en la siguiente página:

http://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Zorrilla#L.C3.ADrica

La leyenda del Cristo de la Vega es sin duda una de las más conocidas por divulgada y leída, no sólo a nivel local sino mundial, gracias a la pluma del insigne escritor José Zorrilla que con gran maestría plasmó en verso esta singular historia de amor, bajo el título:

A buen juez mejor testigo

Toledo era la ciudad de los sueños de Inés de Vargas y Diego Martínez, dos jóvenes amantes que hacían de la oscuridad su cómplice para poder compartir unos momentos de pasión. Cada noche, el joven salía de su casa, recorría estrechos pasadizos y empinadas callejuelas, hasta llegar a un lugar en el que se vislumbraba un punto de luz de un candil procedente de la habitación de Inés que impaciente le esperaba; antes de que los primeros rayos de luz iluminaran las viejas casonas, Diego abandonaba el lecho de su amada. Así, noche tras noche hasta que un desafortunado incidente hizo que las visitas del joven dejaran de prodigarse.

Cierto día tras despedirse de Inés, el joven emprendía su marcha, como de costumbre, deslizándose por el balcón; apenas puso los pies sobre el empedrado suelo, observó entre las sombras la silueta de un hombre que identificó al levantar la vista: se encontraba frente a frente con Iván de Vargas, padre de Inés. Aturdido, salió corriendo sin escuchar los reproches del hidalgo caballero que, encolerizado, instó a Inés a proponer a su mancebo que se casara con ella o jamás volverían a estar juntos. Así se lo hizo saber a Diego quien reaccionó rápidamente ante tales palabras argumentando que en breve partiría a la guerra de Flandes, pero que al cabo de un año volvería y la haría su esposa. Inés quiso hacer más firme la promesa rogándole que lo jurara ante el Cristo de la Vega, replicando él que con sus palabra debía bastar pero si quedaba más satisfecha así lo haría. Juntos se encaminaron hacia la basílica de Santa Leocadia, situada en medio de la vega toledana: traspasaron el umbral y entre gigantescos cipreses llegaron a la capilla en cuyo interior se conserva la imagen del Cristo ante el cual debería realizar su promesa. Se acercaron a Él y guiando ella con ternura las manos del muchacho hasta tocar los pies del crucificado, le preguntó;

-Diego, ¿juras a tu vuelta desposarme?

Contestó el mozo:

-!Sí, juro;

Y así, los dos juntos, con el semblante alegre y las manos entrelazadas salieron del templo augurándose un futuro feliz y prometedor.

Pero el destino en ese momento no les iba a ser favorecedor y lo que debía de haber sido un corto período de espera se vio inesperadamente prorrogado: el tiempo pasaba, los soldados iban regresando de la guerra pero Diego no volvía....

Tres largos años de interminable espera habían dejado su huella en el bello rostro de Inés, cuya alma no entendía de guerras ni de distancias.

Cada tarde, después de visitar la capilla del Cristo, se dirigía a lo alto del Miradero, atalaya desde donde se podía ver a todo aquel que penetrara en la amurallada ciudad, ya fuera por la Puerta del Cambrón o la de Bisagra. Pero siempre se repetía la misma escena: labriegos trabajando en las huertas de la vega, pescadores lanzando sus cañas a las riberas del tajo...pero su amor seguía sin regresar.

Un buen día, que nada parecía presagiar, un lejano galopar y una densa nube de polvo la hicieron salir de su abstracción y al alzar la cabeza pudo distinguir la silueta de su anhelado Diego. Poco a poco el ecuestre grupo se fue acercando y ella en una veloz carrera salió a su encuentro comprobando que el jinete que iba al frente de siete lanceros y diez peones, era sin lugar a duda Diego Martínez: -¡Diego, eres tú!

Fueron las palabras que salieron de su boca. Él, casi sin inmutarse fingió no conocerla y ante el estupor general siguió su camino.

Inés lanzó al viento un grito desgarrador, se desplomó. ¿Qué sucedía? Había una respuesta a comportamiento tan irracional: de simple soldado, el chico había ascendido a capitán y a su vuelta el rey lo nombró caballero.

Dueño de una nueva posición social, nada quería que le recordara ya a su humilde vida anterior. La chica no se dio por vencida y varias veces acudió en su búsqueda recordándole su juramento mediante ruegos y amenazas, pero él lejos de apiadarse llegaba incluso a despreciarla.

Desesperada y viendo que ya nada surtía efecto se encaminó a exponer su caso al entonces gobernador de Toledo don Pedro Ruiz de Alarcón, quién después de escuchar a los dos sugirió que se le presentara algún testigo. Ante la negativa de ambos, el gobernador dejó marchar al capitán, pero en un último intento desesperado ella imploró:

-!Llamadle;

-Tengo un testigo a quien nunca faltó verdad ni razón.

-¿Quién?

-Un hombre que de lejos nuestras palabras oyó, mirándonos desde arriba.

-¿Estaba en algún balcón?

-No, que estaba en un suplicio donde ha tiempo que expiró.

-¿Luego es muerto?

-No, que vive.

-Estáis loca !vive Dios;

¿Quién fue?

-El Cristo de la Vega a cuya faz perjuró.

Un silencio sepulcral inundó la sala y después de unos instantes de perturbación, jueces y gobernador declararon que no podía haber testigo mejor. Junto todos, acudieron al templo: delante don Pedro de Alarcón, le siguen Iván de Vargas, su hija Inés, escribanos, corchetes, guardias, monjes, hidalgos, mozos y chiquillos.

Cuando semejante tropel de gente llegó, en la vega esperando se hallaba ya, junto a un grupo de curiosos, Diego Martínez con su espada empuñada, sombrero de cuatro lazos de plata y espuelas de oro. Entraron en el claustro y después de encender los cirios rezaron una oración ante la imagen del Cristo, cuya cruz permanecía apoyada en el suelo, situándose a ambos lados los jóvenes y detrás el gobernador con sus jueces y guardias.

El notario se adelantó hacia la imagen, leyó por dos veces la acusación y dirigiéndose al crucificado dijo en voz alta:

-Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas.
¿Juráis ser cierto que un día
a vuestras divinas plantas
juró a Inés Diego Martínez
por su mujer desposarla?

El Cristo bajó su mano derecha y poniéndola sobre los autos, exclamó:

-!Sí, juró;

Todos los asistentes quedaron impresionados al ver la imagen con la mano desclavada y los labios entreabiertos.

Actualmente, puede verse en esta misma posición la imagen del Cristo de la Vega, que se encuentra en la ermita que ostenta el mismo nombre, antigua basílica de Santa Leocadia de construcción visigoda, donde se celebraron varios concilios y fueron sepultados, además de Santa Leocadia, San Julián, San Eugenio, San Ildefonso, San Eulalio, así como varios prelados y reyes visigodos.

Así lo escribió Zorrilla:

"Dentro de un mes, Inés mía,
parto a la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
con honra mía se lave,
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen."
"Júralo", exclama la niña.
"Más que mi palabra vale
no te valdrá un juramento."
"Diego, la palabra es aire."
"¡Vive Dios, que estás tenaz!
Dalo por jurado y baste."
"No me basta; que olvidar
puedes la palabra en Flandes."
"¡Voto a Dios! ¿Qué más pretendes?"
"Que a los pies de aquella imagen
lo jures como cristiano
del Santo Cristo delante."
Vaciló un punto Martínez.
Mas porfiando que jurase,
llevóle Inés hacia el templo
que en medio la Vega yace.
Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance,
ceñida la sien de espinas,
descolorido el semblante,
víase allí un crucifijo
teñido de negra sangre
a quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle

"Diego, ¿juras
a tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
"¡Sí juro!",
y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que a Flandes partió.
Lloraba la bella Inés
oraba un mes y otro mes
su vuelta aguardando en vano,
del crucifijo a los pies
do puso el galán su mano.
Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y a Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.
Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer
el campo salía a ver
al alto del Miradero.
¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abrume
al ausente ha de pesar!
La esperanza es de los cielos
preciosos y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrasan el corazón.
Si es cierto lo que se espera
es un consuelo en verdad;
pero siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera desespera.
Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,

y su llanto se secaba
para volver a brotar.
En vano a su confesor
pidió remedio o consejo
para aliviar su dolor,
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.
En vano a Iván acudía,
llorosa y desconsolada;
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.
Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació altanero.
Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
a sus tierras a vivir.
Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría:
Diego a Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.
Era una tarde serena,
doraba el sol de Occidente
del Tajo la Vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.
Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.
Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda
sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.
Y algún ruiñón colgado
entre su fresca espesura
daba al aire embalsamado
su cántico regalado

desde la enramada oscura.
Y algún pez con cien colores,
tornasolada la escama,
saltaba a besar las flores,
que exhalan gratos olores
a las puntas de una rama.

Y allá, en el trémulo fondo,
el torreón se dibuja
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,
en confuso remolino,
vio de hombres tropel lejano
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
a las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz
por bajo el arco primero
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera
y sin pluma al diestro lado,
el sombrero derribado
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y a una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
sobre potros jerezanos
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete

diez peones castellanos.
Asióse a su estribo Inés,
gritando: "¡Diego, eres tú!"
Y él viéndola de través,
dijo: "¡Voto a Belcebú,
que no me acuerdo quién es!"
Dio la triste un alarido
tal respuesta al escuchar,
y a poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra a exhalar.
Frunciendo ambas dos cejas
encomendóla a su gente,
diciendo: "Malditas viejas,
que a las mozas malamente
enloquecen con consejas!"
Y aplicando el capitán
a su potro las espuelas,
el rostro a Toledo dan,
y a trote cruzando van
las oscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey a su vuelta
le armó en Madrid caballero,
tomándole a su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fue que Martínez
quien ha poco entró en Toledo,
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro a quien se dirige,
cobrado el conocimiento,

la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda a sus caricias
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gente de poco seso:
que ni él prometió casarse
ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan a los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfía Inés
con amenazas y ruegos;
cuanto más ella importuna
está Martínez severo.
Abrazada a sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño era inútil,
porque el capitán don Diego
no ha de ser Diego Martínez,
como lo era en otro tiempo.
Y así, llamando a su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que a Inés llevaran
de grado o de valimiento.
Mas ella, antes que la asieran,
cesando un punto en su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
"Contigo se fue mi honra,
conmigo tu juramento;
pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las pesaremos."
Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
a pasos desatentados
salióse del aposento.

Era entonces de Toledo
por el rey, gobernador,
el justiciero y valiente
don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes a la puerta
y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
del tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra,
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador;
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol,
los corchetes a una moza
guiñan en un corredor,
y abajo, en Zocodober
gritan en discorde son,
los que en el mercado venden,
lo vendido y el valor.
Una mujer en tal punto,
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el caballo y el manto,
tomó plaza en el salón
diciendo a gritos: "¡Justicia,
jueces, justicia, señor!"
Y a los pies se arroja humilde
de don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzóla cortés don Pedro,

calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo:

"Mujer, ¿qué quieres?"

"Quiero justicia, señor."

"¿De qué?"

"De una prenda hurtada."

"¿Qué prenda?"

"Mi corazón."

"¿Tú lo diste?"

"Lo presté."

"¿Y no te le han vuelto?"

"No."

"¿Tienes testigos?"

"Ninguno."

"¿Y promesa?"

"¡Sí, por Dios!"

Que al partirse de Toledo
un juramento empeñó."

"¿Quién es él?"

"Diego Martínez."

"¿Noble?"

"Y capitán, señor."

"Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró."

Quedó en silencio la sala,
y a poco en el corredor
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.

Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo: "El capitán don Diego."

Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.

"¿Sois el capitán don Diego
--díjole don Pedro-- vos?"

Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:

"Yo soy."

"¿Conocéis a esta muchacha?"

"Ha tres años, salvo error."

"¿Hicísteisla juramento
de ser su marido?"

"No."
"¿Juráis no haberlo jurado?"
"Sí, juro."
"Pues id con Dios."
"¡Miente!", calmó Inés llorando
de despecho y de rubor.
"Mujer, ¡piensa lo que dices.....!"
"Digo que miente, juró."
"¿Tienes testigos?"
"Ninguno."
"Capitán, idos con Dios,
y dispensad que acusado
dudara de vuestro honor."
Tornó Martínez la espalda,
con brusca satisfacción,
e Inés, que le vio partirse;
resuelta y firme gritó:
"Llamadle, tengo un testigo;
llamadle otra vez, señor."
Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:
"Tengo un testigo a quien nunca
faltó verdad ni razón."
"¿Quién?"
"Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba."
"¿Estaba en algún balcón?"
"No, que estaba en un suplicio
donde ha tiempo que expiró."
"¿Luego es muerto?"
"No, que vive,"
"Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fue?"
"El Cristo de la Vega,
a cuya faz perjuró."
Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos

de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:
"La ley es ley para todos;
tu testigo es el mejor,
mas para tales testigos
no hay más tribunal que Dios.
Haremos..... lo que sepamos.
Escribano, al caer el sol
al Cristo que está en la Vega
tomaréis declaración."

VI

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma de flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.
Allá por el Miradero
por el Cambrón y Bisagra,
confuso tropel de gente
del Tajo a la Vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón, Iván de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás, monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la Vega les aguarda,
cada cual comentariando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,

bigote a la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.

Los plebeyos, de reajo,
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas a la cara.

Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
cuatro cirios y una lámpara
y de hinojos un momento
le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara;
hacia la severa imagen
un notario se adelanta
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.

A un lado tiene a Martínez,
a otro lado a Inés de Vargas,
detrás al gobernador
con sus jueces y sus guardias.

Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario a Jesucristo,
así demandó en voz alta:

Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana,
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
¿juráis ser cierto que un día
a vuestras divinas plantas
juró a Inés Diego Martínez
por su mujer desposarla?
Asida a un brazo desnudo
una mano atarazada
vino a posar en los autos

la seca y hendida palma,
y allá en los aires: "¡Sí, juro!"
clamó una voz más que humana.

Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa.....

Los labios tenía abiertos
y una mano desclavada.

Conclusión

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos, temblando
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada año una vez,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.